

Dennis E. Smith: "Del simposio a la eucaristía. El banquete en el mundo cristiano antiguo"

Colección Ágora 26. Estella: Verbo Divino, 2009. (510 págs. 47,00 € IVA incluido).

RECENSIÓN — Sergio Rosell, 2010

El presente estudio es continuación y ampliación de los estudios que el autor llevó a cabo hace más de tres décadas en Harvard bajo la tutela de los insignes H. Koester y D. Georgi. Smith plantea un nuevo modelo de acercamiento al NT enfocado en el tema de las comidas. En primer lugar hay que considerar el banquete como una institución social grecorromana (20) y desde ese macro-contexto estudiar las diversas formas de comida en el mundo mediterráneo antiguo como adaptaciones de esa institución a las diversas coyunturas. Esto significa que todas estas formas de comida parten de «una misma tradición común» (22).

Este mismo proceder se usa en cuanto al origen de la eucaristía cristiana. En vez de partir de modelos unívocos (como los de Jeremias y Lietzmann) de nuevo se abre la gama a diversas prácticas eucarísticas partiendo de una tradición común (25). Smith critica además el estudio de los orígenes de la comida eucarística que diferencia entre lo sagrado y lo secular en el mundo antiguo, pues considera que «las comidas tienen una función integradora en la sociedad antigua» (27). El autor parte de la base que la comida es un evento social y como tal presenta una serie de convenios sociales, desde la vestimenta apropiada, el número de platos, su orden, los invitados y su estatus, etc. (40). Con un cierto grado de variación, se puede considerar que el banquete era común a la era que nos atañe para todo el mundo mediterráneo (41). En este segundo capítulo Smith describe las diferentes características del banquete grecorromano a partir de los restos arqueológicos y literarios que poseemos.

En el capítulo tres nos centramos en el banquete filosófico, el simposio, que se refiere más bien a una forma literaria donde las comidas de los sabios eran idealizadas conforme a topoi («lugares comunes») establecidos literariamente (93), aunque Smith deja claro que en origen existían otras acepciones menos «cultivadas» (94-5). Las bases teóricas de las comidas son la comunión (koinōnia), la amistad y el placer, que Smith destila de las Quaestiones convivales de Plutarco, quien hace ver que el asunto de la comensalidad estaba rodeado de estructuras éticas, pues la bebida y la comida compartidas definen las relaciones (102). Lo mismo pensaba Epicuro, quien diserta sobre el banquete como quien lo hiciera sobre la vida en general, aunque teniendo en mente la vida culta.

El capítulo cuarto se centra en el banquete sacrificial, centro de la vida religiosa de los antiguos, lo cual no niega que en todo banquete se mezcle lo secular y lo sagrado (121). Los sacrificios podían ser de dos tipos, donde se consumía todo el animal en el altar y otro donde su carne se compartía en un banquete, la cual había recibido un valor sagrado (133). A pesar de la diversidad de opinión, en el banquete sagrado se asumía la presencia del dios (theoxenia)

como un invitado más a la mesa, aunque normalmente tomaba el lugar del anfitrión, incluso estaba presente en el propio alimento (¿teofagia?), aunque esta teoría es debatida (139). Sea como fuere, el banquete (sacrificial o comunitario sin más) parece que suele seguir un patrón fijo. Más adelante Smith se centra en los banquetes de las corporaciones, pues el mundo grecorromano se caracterizaba por las numerosas asociaciones que se reunían para divertirse y celebrar festines, donde el banquete solía ser el punto álgido, aunque se distinguía de las reuniones de asuntos propios.

En el capítulo seis nos adentramos en el estudio del banquete judío durante el periodo del segundo templo. Smith lo estudia basándose en el libro de Ben Sira y luego echando un vistazo a las diversas sectas judías. A pesar de que se puede hablar de ciertos aspectos distintivos en las comidas del judaísmo, lo cierto es que compartían la filosofía del banquete grecorromano, extraída del simposio griego. Lo característico eran las leyes alimentarias, que definían una frontera estricta entre los grupos, y la tradición del banquete mesiánico, aunque éste poseía también un cierto paralelo en el mundo grecorromano (273).

Tras esta transición al mundo judío, el autor se centra en las iglesias de Pablo, en los dos únicos textos (de Gálatas y 1 Corintios) que nos hablan de los banquetes de los primeros cristianos y donde se muestra que las diversas comunidades cristianas habían interpretado los preceptos alimentarios de formas distintas. Además, el estudio del simposio grecorromano nos ayuda a ver que el problema de estratificación social que encontramos en Corinto no era ajeno a lo que se percibía en los banquetes grecorromanos comunes (en contra del excesivo valor de la estratificación que presenta G. Theissen; cf. p. 307). A pesar de la vacilación de Pablo en este punto, es importante resaltar su esfuerzo por obliterar diferencias sociales en el banquete comunitario como demostración palpable de la unión en Cristo.

Continúa Smith con su enfoque en el banquete en los evangelios, que también sigue en patrón grecorromano y donde Jesús se reclina para comer. Este tema nos conduce a un excursus acerca del Jesús histórico, estudiando las comidas de Jesús con publicanos y pecadores, la comensalidad abierta, etc. Estos ejemplos tienen una función didáctica y exhortativa en la conformación de la autoconciencia de la comunidad cristiana. Pero hay más. Estudios recientes muestran la importancia de las comidas en los relatos, por ejemplo, del evangelio de Marcos, donde Jesús suele ejercer de anfitrión y, de forma irónica, celebra un banquete final como rey ante su cercana muerte (368). Además, en un momento clave de la narración, Jesús actúa como sirviente y no como anfitrión (Mc 10, 45). Observamos pues que el tema del banquete y sus estructuras son prácticamente omnipresentes en los evangelios. De ahí las repetidas ocasiones en las que tanto Marcos como Lucas tratan el tema del lugar en dónde inclinarse (señal de estatus) o colocarse en el reino futuro, las parábolas de las cenas y los invitados, el banquete como contexto de enseñanza (a la usanza de los filósofos), etc. Concluye Smith este interesante capítulo afirmando que las imágenes de comidas en los evangelios, más que servir como patrón de reunión a futuras comunidades, lo que muestran es que eran momentos significativos en la formación de su identidad, como posibilidad histórica (419).

El libro concluye con un breve capítulo dedicado al banquete y la teología cristiana. Los cristianos primitivos se juntaban para comer siguiendo el patrón común de la sociedad

circundante. Este patrón facilitó el fortalecimiento de la comunidad y su ideario ayudó a definir su conducta e identidad en relación con lo divino. Dentro de este contexto, podemos observar tanto novedad como continuidad con una estructura plenamente definida. A la luz de este patrón aceptado del banquete es donde podemos afirmar con más seguridad cada uno de estos elementos. Smith, con su detallada y profunda tarea, nos abre un camino desde donde poder seguir preguntando al texto bíblico con más rigor histórico. Por tanto, una obra de sobrado valor para aquellas personas que deseen adentrarse en el mundo de las primeras comunidades cristianas desde ángulos novedosos.